

► *Exhivilización*, de Katia Tirado

## EL ABOLENGO ESCENICO DE LAS LUCHAS

► Jorge Kuri



Si en el principio de los tiempos el teatro era una manifestación espontánea, más que un acto premeditado, una acción ritual que invocaba a ciertas fuerzas sobrenaturales para cederle la voz a los mitos, no sería nada extraño que 25 siglos después, lo dionisiaco continuara afirmándose únicamente en ciertos fenómenos aleatorios y subterráneos del mismo teatro. Basta con atisbar a otras manifestaciones parateatrales para distinguir que tanto el circo, el coliseo como la fiesta brava, proceden del mismo origen, una fiesta ritual en celebración de un sacrificio. El origen dionisiaco del teatro mucho tiene de parentesco con las prácticas ceremoniales del chivo expiatorio, donde un animal se sacrificaba para expiar los males de un círculo social. En este sentido, la fiesta brava continúa hasta la fecha cumpliendo determinadas funciones catárticas, que reconcilan por un momento al ser humano con la infinitud del cosmos.

La confrontación de dos fuerzas primordiales, encarnadas en la eterna lucha de Eros versus Thanatos, es el punto de partida para que dos mujeres suban al cuadrilátero; *Exhivilización o Las perras en celo*, de Katia Tirado, que se presentó el 24 de octubre en el Museo Carrillo Gil. Dos mujeres en combate: Rocío Esteva versus Katia Tirado en una pelea sin límites para el pensamiento. Este es el abolengo de las luchas, un acto sin palabras que nos remite al más viejo y arcaico origen, donde las dos fuerzas contrarias constituyan una sola. En este enfrentamiento cuerpo a cuerpo entre dos mujeres encontramos una reflexión acerca de la eterna lucha entre dos fuerzas opuestas y complementarias; en cada gesto de las contrincantes se hace

presente un arquetipo, que encarna en la luchadora para reinventar el mito; en cada arrebato y en todos los forcejeos siempre permanece implícita una ambigüedad que convierte a los dos cuerpos en uno solo. Si la condición de lo femenino no es propia para el combate, en ello radica la naturaleza insólita que este enfrentamiento adquiere, donde lo femenino aloja dentro de sí una condición ambigua que oscila entre lo erótico y lo tanático.

Un breve vistazo por los fenómenos aleatorios del teatro a finales del siglo XX pone en relieve ciertas manifestaciones que suceden en la periferia de las convenciones escénicas, que ocurren desde las desquiciadas atracciones de los arrabales hasta el recorrido funambulístico de las ferias, y en las que siempre predomina la visión en retrospectiva hacia el ritual. En este sentido *Exhivilización o Las perras en celo* recurre al artificio de la lucha libre para tramar este evento impredecible, dentro del cual ocurrirá la colisión de dos fuerzas contrarias. Si bien a lo largo del combate predomina la ironía y el énfasis en lo grotesco, la reflexión sobre sus posibles implicaciones ocurre en virtud de una anécdota subterránea, cuyos fragmentos en todo caso ensambla el propio espectador; después de observar el forcejeo entre dos mujeres, el énfasis recae en la misma condición de lo femenino. Al violentar la propia condición de una mujer que somete a una rival de su propio sexo, los rasgos que la caracterizan se vuelven más evidentes, al encontrar la epifanía entre la violencia y la ternura, el odio y el amor. El más mínimo detalle de toda la lucha lleva implícita una descarga de adrenalina, y en cada colisión se nos permite observar la condición de lo femenino llevada hasta sus últimas consecuencias, para revelarnos el origen ritual del teatro que descansa en el combate de dos fuerzas primordiales.



En la historia apócrifa del Coliseo se sugiere que el origen de los combates femeninos pudo haberse originado cuando los soberanos más inquietos gustaban de contemplar los acontecimientos más atroces en el centro del coliseo. Para satisfacer las exigencias de un gusto refinado desvariaban las convenciones de la fiesta taurina, agregando en cada corrida un nuevo animal que se enfrentaba con la bestia taurina. De esta manera se llegó a presenciar desgarradores combates entre un león y un toro, ante el estríptico del auditorio. Pese a los intentos del cristianismo por erradicar todos los cultos místicos procedentes de la Antigüedad, el coliseo permaneció bajo tierra durante algunos siglos, desterrado de su condición popular, pero con el arraigo necesario para sobrevivir en el gusto de las altas esferas. Al transcurrir de los años sólo la fiesta taurina recopilaría una tradición arcaica de un enfrentamiento arquetípico: la condición humana versus los impulsos del instinto.

Ante el ocaso de las vanguardias, *Exhibición o Las perras en cielo* encarna la tradición arcaica de lo dionisiaco, para subir de nuevo al cuadrilátero y conmover las entrañas del espectador, como en un principio la tragedia cumplía su función primordial; comunicar al simple mortal el horror inefable que encubre al cosmos y de esta manera volver a instaurar la calma, gracias al eterno tránsito Orden-Caos-Orden.